
RENOVAR LA IZQUIERDA

Pilar Brabo



La izquierda se encuentra hoy en Europa en una encrucijada. No porque se hayan agotado sus posibilidades de actuación, al contrario, éstas son más amplias que nunca como prueban las victorias socialistas en Francia y Grecia, sino porque aparecen síntomas de agotamiento en el modo y en los propios instrumentos con que la izquierda contempla esas nuevas posibilidades.

En cierto sentido yo diría que estamos viviendo los límites de las fórmulas con que tanto los partidos comunistas como los socialistas, intentaron, a finales de los 60, acercarse a las realidades nuevas. En Francia, en España e incluso en Italia el eurocomunismo ha alcanzado un cierto techo. Sobrepasarlo es tan vital como difícil. La experiencia socialista y socialdemócrata, si bien experimenta más

variaciones de un país a otro, tampoco parece ser muy halagüeña en países tan importantes como Alemania, Italia o Inglaterra.

El movimiento político más amplio y con más apoyo de la juventud que existe hoy en Europa, el movimiento por la paz y el desarme, se ha desarrollado al margen de los partidos políticos. Precisamente allí donde ha adquirido más fuerza, su desvinculación de los partidos políticos es mayor. La juventud no se siente interesada por los partidos políticos. Si participa en política lo hace a través de formas no tradicionales, sean los *verdes*, los *crackers*, movimientos de barrio o pacifistas...

Es evidente, al lado de ello, que el triunfo de Mitterrand o Papandreu se ha debido en gran medida al voto de los jóvenes... El sentido es positivo, pero sería erróneo interpretar ese voto como un cheque en blanco. Es un voto expectante y crítico que está exigiendo ya unas nuevas formas de hacer política.

Todos estos fenómenos, a los que hay que añadir la fuerza creciente de los planteamientos feministas con toda su carga antijerárquica y liberadora, se producen, y no por casualidad, en medio de la crisis del capitalismo más profunda de los últimos decenios, cuando el paro y la inflación crecen simultáneamente. El sindicalismo tradicional también toca techo en esta situación, busca nuevas fórmulas que sobrepasan la función meramente reivindicativa y se adentran en el terreno del control obrero sobre la producción.

Al fondo de todos estos nuevos movimientos de las sociedades capitalistas está planteada una nueva forma

de entender la democracia por parte de los ciudadanos. La apatía y la delegación de poder, propios de otras épocas, están siendo sustituidos por un deseo explícito de participación y control. Esta actitud que apareció por primera vez en el movimiento estudiantil de los 60 se ha ido extendiendo a la clase obrera, a los jóvenes, parados y marginados, a la mujer.

No cabe duda que esta carga de democracia directa y participativa afecta a los límites de la democracia liberal tradicional. Es más, está ofreciendo una nueva vía para avanzar hacia una democracia sin desigualdad, sin explotación, con plena participación, es decir, una vía para avanzar hacia un socialismo democrático, que poco tendrá en común con las sociedades que hoy, sin ningún rigor, se auto-proclaman como tales.

Por ello resulta tanto más preocupante que los partidos de la izquierda demuestren una notable desvinculación de esta problemática, que es la de todos los ciudadanos, y sigan encerrados en una visión exclusivamente parlamentaria de la acción política. Parece bastante evidente que la democracia parlamentaria, representativa, sigue y seguirá siendo necesaria. Pero ya no es suficiente. Y ésta es una realidad alentadora en tanto que implica un aumento sustancial del nivel de conciencia en la clase obrera y otros colectivos sociales.

Las causas por las que los partidos de izquierda no alcanzan a comprender estas realidades son varias y complejas. En España existen causas específicas que tienen que ver con la forma en la que se ha hecho la transición y también con la inexperiencia ge-

El estatalismo propio de los partidos comunistas ha jugado malas pasadas, pese a los planteamientos gramscianos acerca de la lucha por la hegemonía en el seno de la sociedad civil.

neral sobre el funcionamiento de un sistema parlamentario y de partidos. Las dificultades de esta situación pueden explicar, no justificar, el olvido de todas aquellas formas de ejercicio directo de la voluntad popular que despuntaba, aún bajo la represión, en los últimos años de lucha contra la dictadura.

Pero junto a motivaciones específicas confluyen también en nuestro país las mismas causas que actúan sobre la izquierda europea. Sería muy largo entrar en todas ellas, pero sí es posible apuntar algunas: C. B. Macpherson, en un trabajo reciente¹, señala que la función de los partidos políticos en una democracia liberal ha sido la de «reconciliar el sufragio igual y universal con el mantenimiento de una sociedad desigual». Esta función, cuya existencia es fácilmente comprobable, conduce a los partidos a alejarse de la responsabilidad ante los ciudadanos porque, entre otras razones, necesitan un amplio espacio de maniobra para efectuar las continuas transacciones inherentes a una sociedad dividida en clases. Si aplicamos este punto de vista a los partidos de la izquierda europea, que efectivamente llevan muchos años funcionando en democracias liberales sin acertar a transformarlas, comprobamos que esa función descrita por Macpherson ha distorsionado a muchos de ellos —el máximo ejemplo es el partido socialde-

mócrata alemán— hasta convertirlos en formidables máquinas electorales donde se difumina la conciencia de clase y de lucha.

Los partidos comunistas no están exentos de haber incurrido en muchos de los defectos inherentes a esa función mediadora. Las fidelidades a Moscú o la agitación permanente de las «señas de identidad» no garantizan, sino más bien lo contrario, el no caer en ser un partido típico del *establishment*, como se comprueba en el caso del Partido Comunista francés. El estatalismo propio de los partidos comunistas ha jugado malas pasadas en este terreno, pese a los planteamientos gramscianos, olvidados con demasiada frecuencia, acerca de la lucha por la hegemonía en el seno de la sociedad civil.

Si a estos factores añadimos el peso de las rutinas, perpetuadas por los aparatos, la ideologización que hacen éstos del tema de las «señas de identidad» para mantener su «status», la ausencia de democracia interna, comprenderemos por qué los partidos comunistas y socialistas europeos, en mayor o menor medida, se muestran incapaces de asumir e impulsar el potencial revolucionario de las modernas sociedades capitalistas.

La Asociación para la Renovación de la Izquierda (ARI) nace para hacer frente

Hasta hace muy poco, una parte considerable de los que hoy constituimos la ARI intentábamos todo esto desde el interior del PCE.

a esta situación. Nos preocupa todo lo que de nuevo y potencialmente revolucionario hay en la sociedad y queremos contribuir tanto a su desarrollo como a que los partidos políticos de izquierda lo capten. Esto último nos parece también esencial; sería una quimera pretender que avanzar hacia un socialismo democrático y participativo es posible sólo a partir del impulso de las nuevas formas de democracia directa.

Hasta hace muy poco una parte considerable de los que hoy constituimos la ARI intentábamos todo esto desde el interior del PCE. Hemos fracasado frente a un aparato demasiado potente, frente a la manipulación de determinadas tradiciones y de determinados mitos, pero hemos fracasado, sobre todo, porque no se puede mantener a varias generaciones, las menores de 40 años, enfrascadas en una batalla exclusivamente interna que desvincula de la realidad y conduce a la esterilidad política. La sangría de militantes del PCE en los últimos años, sobre todo en los últimos meses, es significativa a este respecto.

Por ello, sin abandonar el PCE algunos, abandonándolo otros, sin perder del todo la esperanza en que el PCE se pueda renovar, como también se podría renovar hasta el PSOE, hemos decidido no es-

perar más, empezar a actuar en un plano autónomo no sustitutorio ni competitivo con los partidos políticos, en el que puedan encontrarse *a gusto* todos aquellos que sienten la necesidad de hacer política de un modo nuevo.

Estamos empezando y todo está aún por hacer. Pero pretendemos ya de entrada que nuestra acción se dirija en tres direcciones fundamentales:

En primer lugar, una reflexión teórica sin anteojeras sobre las sociedades de hoy, tanto las del capitalismo como las del mal llamado «socialismo real». Pretendemos contribuir a la síntesis necesaria de todo lo que expresan los nuevos movimientos asociativos, el nuevo sindicalismo en las sociedades capitalistas, y también queremos comprender las causas por las que un sistema que su autodefine como «Estado de la clase obrera» tiene a ésta como su principal oponente.

Para llegar a esta síntesis hay que analizar, descubrir, investigar. Y ello no es posible sólo en teoría. Hay que hacerlo, y aquí entra la segunda dirección de nuestro trabajo, sobre la práctica. Estaremos en los sindicatos, en los nuevos movimientos sociales, en las barriadas, con la juventud marginada, con las feministas. Sin ninguna pretensión

instrumentalizadora. Sin creernos en posesión de la verdad. Intentando aprender dónde están las fisuras que nos permitirán avanzar hacia el socialismo a partir de lo que hoy hay.

Y pretendemos también, en lo que constituye la tercera dirección de nuestro trabajo, aportar algunos puntos de vista y perspectivas, no condicionadas por urgencias electorales inmediatas, que pueden servir como reflexión para el conjunto de la sociedad. Aquí se inscribe, por ejemplo, el documento elaborado a finales de mayo sobre el juicio del 23-F o el que estamos elaborando en estos días sobre la paz y el desarme en relación con el tema de nuestro ingreso en la OTAN y las Malvinas. Con estas tomas de posición buscamos ofrecer materiales útiles para su discusión en las fábricas, en las barriadas, en la base de la sociedad. Buscamos, en definitiva, alentar la participación.

Si lo logramos, nuestra experiencia será válida.

Por lo demás, la ARI no es un edificio construido, y pretendemos, día a día, ir acumulando experiencia que nos enseñe por dónde avanzar. Tenemos tiempo por delante, ganas, creo que también ideas. En los pocos meses que llevamos de existencia hemos comprobado, en nuestras reuniones y asambleas, que sin resúmenes finales, sin síntesis gloriosas, sin autoridades supremas y sin todo el santoral propio de los partidos tradicionales también se puede hacer política.

¹ «La democracia liberal y su época». C. B. Macpherson. Alianza Editorial.